

DIA UNDÉCIMO.

EL CLAVEL,

Ó SEA:

EL AMOR AL PRÓJIMO.

Non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.

No amemos de palabra y con la lengua sino con obras y de veras.

(I. JOANN. III, 18.)

Un sublime espectáculo, una admirable perspectiva, un delicioso contraste encanta ahora á mi alma en el místico jardin de nuestra Madre María. Ofrécese en este momento, ante mis ojos, desde léjos, un espacioso campo esmaltado de varios colores los más brillantes. Hacia allí me dirijo, pues, con veloz paso, y principio á examinar con ansiedad las flores que están llamando poderosamente mi atención. ¡Ah! sí, al pronto las conozco: son Claveles los más deliciosos y sublimes. Distingúense dichas flores por la suavidad de su perfume, por la belleza de sus formas, por sus hojas dentalladas, y, finalmente, por la originalidad de sus tallos, que se levantan con majestad, difundiendo por doquier su grata esencia, cautivando toda mirada, todo entendimiento y todos los corazones. ¡Ah! y cuánta variedad ofrecen dichas flores á mi imaginacion en su misma especie! Unas, ostentan mayor número de hojas matizadas de un solo color; otras, me muestran mayor número de matices en una sola hoja; estas, se distinguen por un color de violeta oscuro: aquellas, las reconozco por el color de púrpura que las cubre y las adorna; tales, me placen por sus distintos matices; cuales, porque se me figura que han sido pintadas por una mano hábil y hermosa. Y en la perplejidad en que me hallo acerca de á cuál de ellas debo dirigir con preferencia mi mirada, ora la fijo en unas, ora en otras; ya admiro tal ó cual belleza, ya viene á deslumbrar mis ojos tal ó cual capricho.

Y aquel rojo ensangrentado, que se destaca sobre un fondo blanco mate; y aquel estambre, que luego se convierte en fruto; y aquel penacho, que se despliega sobre toda flor, todo en una palabra, me encanta, me arrebatada y me deleita.

Mas ¡ah! procuremos con cuidado, mis amados hermanos, que lo más bello de esas flores no pase desapercibido á nuestras investigaciones! ¿Veis aquel precioso Clavel que, siendo distinto por sus adornos, parece vivir como desapercibido é inculto? Pues bien, no os pese el contemplarlo por un momento; tomadlo en vuestras manos, examínadlo con atencion, sondead con vuestra mirada su corazon. ¿Qué observais, pues, en él? ¡No estais advirtiendo ya, en medio del candor de que se halla adornado en todas sus partes, una llama purpurina, que sale de la parte superior de su corazon? ¡Oh llama misteriosa! oh místico y espiritual Clavel! oh Madre, que admiramos con reverencia en esa flor; ¿cuál es la misteriosa enseñanza que nos proporcionan vuestros lábios?

Descorramos, mis amados hermanos, descorramos ya, repito, el velo de los símbolos. El amor, que vosotros bien claramente podeis ver figurado en esa flor, ha de ser una llama que arda en el fondo del corazon; una llama que del corazon tome la direccion y el movimiento. Si el amor consiste, pues, en una llama, es preciso que ésta no carezca de accion; si consiste en una llama que salga del corazon, síguese de ahí, naturalmente, que ese amor no es un amor interesado en manera alguna; que es un fuego que abrasa cuanto combustible encuentra á su paso; y, además, que abrasa sin distincion ni reserva alguna. ¿Me habeis entendido, hermanos míos? Voy á haceroslo comprender en cuatro palabras: la llama misteriosa del Clavel espiritual nos enseña, que nuestro amor para con el prójimo debe ser laborioso, desinteresado y universal.

¡Oh almas predilectas de María! vosotras, que por medio de los ejemplos de esa Madre Santísima, os sentireis animadas, en otro de mis discursos, á procurar que arda en vuestro pecho la pura llama del amor á Dios, aprended hoy, cómo y de qué manera debeis amar á vuestro prójimo. Pidamos antes la gracia: A. M.

El amor para con vuestro prójimo debe ser, pues, ante todo, un amor activo. Si no viviéramos en este siglo, siglo de exterioridades y de meras apariencias, me abstuviera, por mi parte, de demostrar esa verdad; pues es tan evidente, que el amor debe ser activo, que, sin temor de equivocarse, se puede asegurar, que el amor sin las obras, no es amor, sinó una vana sombra, una verdadera quimera, un fan-

tasma engañoso. Y ¿pudiérais, acaso, concebir en vuestra imaginacion, un amor que derrame sus benéficos influjos sin practicar obra alguna? En tal caso, el amor ¿no sería una mera palabra, un engaño, más ó ménos ingenioso? ¡Ah! no, no soy yo quien lo dice; San Agustin es quien os lo asegura: tal amor no puede en manera alguna ser llamado verdadero amor: *amor qui non operatur, amor non est*. En efecto; el Apóstol del amor, aquel que no inculcaba á sus discípulos otra cosa que el paternal cariño; aquel de cuyos lábios no salian otras palabras que estas: *Filioli, diligamus alterutrum* (I. JOANN, III. 25); observadlo bien, repetía, sin embargo, una y mil veces, que ese amor no consiste solamente en las vanas expresiones de la lengua, en palabras vacías enteramente de sentido, sinó en las obras y en la verdad: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate* (IBID. 18). Hé ahí, pues, porque sus discípulos, los primitivos cristianos, amaestrados en tal escuela, se amaban unos á otros, con tal afecto, que llegaba á causar admiracion á los gentiles mismos, los cuales no cesaban de exclamar en su interior: ved, ved cómo se aman entre sí! *Videte quomodo se invicem diligant* (TERT., *Apolog.* c. 39). Y ¿por qué sucedía así? porque aquellos cristianos no se amaban con las palabras, sinó con las obras; ellos no demostraban su amor con vanas expresiones, sinó con hechos; no decían que se amaban, sinó que se amaban en realidad. Mas ¡ay! qué cambio tan notable no tenemos que deplorar acerca de este punto en nuestros días? ¿Cómo no nos apercibimos, de que ha cambiado, por decirlo así, la esencia del amor? ¿Qué errores tan funestos no nos ofrece, en esta parte, nuestro siglo, el cual, á pesar de todo, pretende titularse el siglo del amor? Sí, hoy se ama; mas ¿en dónde se hallan las obras del amor, mis amados hermanos? Sí, hoy se ama; pero ¿cuál de esos héroes del amor alarga su mano al desgraciado, dándole de comer si está hambriento, apagando su sed, si está sediento, cubriendo su cuerpo si está desnudo, y ofreciéndole hospitalidad, si carece de techo? ¿Cuál de esos héroes del amor dá un sólo paso para visitar al enfermo, para consolar al encarcelado, para prestar á su semejante los últimos deberes de la caridad y la religion? Sí, hoy se ama; pero ¿dónde está el hombre que disipe la duda de aquel que vacila, el maestro que enseñe al ignorante, ilumine al pecador y consuele al aflijido? ¿Cuál de esos amadores sufre con cristiana paciencia los trabajos ocasionados por otro? ¿Cuál es el que se acuerda de rogar por su semejante al comun Padre y Señor? ¡Ah! amados cristianos, confesémoslo de una vez: hoy no se ama. Si todavía entre los modernos cristianos reina el amor, ese amor es un amor brutal, corrompido, infernal; hoy se ama á la

carne, no á la persona; se ama la gloria del nombre, no la grandeza del sér; se ama á nuestro semejante, no por respeto á Dios, sinó por consideracion á sus riquezas. Hé aquí los tres amores que reinan sobre la tierra en nuestros días; hé aquí los tres enemigos que están ocasionando tantos daños en nuestros cuerpos, no ménos que en nuestras almas: el amor de la carne, el amor del orgullo, y el amor de las riquezas. Empero, de tal amor, amados cristianos, no nos dió ciertamente ejemplo María.

Cándido Clavel, que nos representa en el exterior vivacidad de colores; pero, enteramente revestido de una llama en lo más recóndito del corazon. Élla amó, y amó generosamente; y su amor, en verdad activo, resplandece por la abundancia de las obras, encaminadas todas ellas al verdadero bien de los que ama. Miradla, mis amados hermanos; no bien el Angel de Dios le manifiesta el embarazo de Elisabeth, Élla, no pudiendo resistir al impetu de aquella llama que está abrasando su seno, parte hácia los montes de la Judea, saluda desde luego á su afortunada cuñada, y le declara con los hechos, que es la sierva y esclava, dispuesta á asistirle en su parto. Y vosotros la hubiérais visto en el interior de aquella casa, respondiendo á las exigencias, proveyendo á las necesidades, previniendo los obstáculos. Élla atendía á los quehaceres domésticos, á las apremiantes necesidades, á los imprevistos incidentes: y, en una parte dictaba sus disposiciones; en otra, persuadía con sábias advertencias; en aquella, finalmente, dirigía con el consejo: y como si tomara sobre sí misma exclusivamente todo el peso de los cuidados domésticos, se hallaba siempre dispuesta para todo, y para cuantos tenían necesidad de sus servicios.

No creais que fuese Elisabeth solamente la que experimentó los benéficos efectos de la caridad de María, los suaves ardores de aquella llama, que, cual espiritual Clavel, agitaba sin cesar su inmaculado corazon. Tales efectos experimentáronlos asimismo los afortunados pastores; cuando adoraron en sus brazos al nacido Dios infante; experimentáronlos los mendigos de Belen, cuando, habiendo Élla recibido de los Magos los preciosos donativos, los repartió entre ellos con mano pródiga; experimentáronlos los dichosos egipcios, cuando, obligada María á refugiarse en su país, empleaba todo su celo en iluminar sus entendimientos sepultados en las tinieblas de la ignorancia y del error; los experimentamos, finalmente, nosotros todos, cuando intrépida subió..... mas basta por ahora, toda vez que hoy debo considerar otra de las propiedades del amor.

El amor, mis amados cristianos, no sólo debe ser activo, sinó, ade-

más, verdaderamente desinteresado. El amor que prodiga sus beneficios por el propio interés y por la propia ventaja, no es amor; es, simplemente, egoísmo. Aquel que busca con el amor, no el bienestar ajeno, sino su propio bien, su utilidad; ese tal, no ama al prójimo; se ama á sí mismo. Bien claramente se echa de ver, desde luego, que con ese amor no se cumple con el divino precepto de amarnos mutuamente unos á otros: *Mandatum do vobis ut diligatur invicem.* (JOANN, XIII. 34). Y, sin embargo, ¡ay! desdichados de nosotros! ¿es ese el amor que hoy triunfa sobre la tierra? Hoy se ama en tanto que puede sernos útil el amado. Se le ama para participar de sus riquezas; se le ama para obtener su proteccion; se le ama para arrastrarle al desahogo de las brutales pasiones; mas, una vez logrado el intento, hé aquí que el amigo desaparece, es ultrajado el bienhechor, y hasta se odia á la persona amada. ¡Ah! cuántos y cuán tristes ejemplares no nos ofrece nuestro siglo de tan horribles metamorfosis! Y ¿en dónde, pues, puede hoy reconocerse por el distintivo del amor al verdadero cristiano? ¡Ah! mis amados hermanos; reflexionemos por Dios, meditemos bien esa cuestion en nuestra propia conciencia; consideremos el carácter que nos distingue de las gentes del mundo. Nosotros somos cristianos, es decir, discípulos de Aquél, que por amarnos descendió del cielo á la tierra, vino desde su imperio al pesebre, desde su trono al establo; nosotros somos hijos de Aquél, que por amarnos se anonadó á sí mismo, sufrió todo género de privaciones y trabajos, se sometió á toda clase de miserias; somos siervos de Aquél, que nos compró con el precio de su preciosísima sangre, derramada enteramente, hasta su última gota, en el ara de la cruz, en medio de un mar de dolores y de amarguras; pertenecemos, finalmente, á Aquél, que nos manifestó de un modo muy terminante, que todo cuanto obró lo hizo para ofrecer un ejemplo que debíamos imitar: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis* (IBID: 13). Y despues de eso, ¿tuviéramos aún la osadía de amar por un vil interés, por una corona caduca, y por un laurel corruptible? ¿Tuviéramos aún la osadía de amar en el prójimo nuestra propia carne, nuestras pasiones, nuestra codicia y nuestra impiedad? ¿Tuviéramos, por último, la osadía de amar, huyendo de toda tribulacion, de todo sufrimiento y de todo trabajo? ¡Ah, locura fuera solamente el imaginarlo! Seamos cristianos, que es como si dijéramos, amantes de nuestro prójimo; unos amantes tales, que por nada atienden á su propio interés, sino únicamente al ejemplo de Jesús, el cual nos amó hasta el extremo de sacrificar por nosotros su propia vida: *Tradidit semetipsum pro nobis.* Y si tal fué el amor de Jesús; cuál os pa-

rece que fué la caridad de María? Destinada por Dios para completar la belleza de sus eternos jardines, elegida para representar la verdadera flor de los campos, toma todas sus formas, osténtase cual misterioso Clavel; y la llama que la reviste, no tiene en otra parte su trono que en el fondo de su corazon; y allí, ora despide tal claridad, ora despliega un vigor tan extraordinario, ora ejerce en provecho ajeno tales actos y tales trabajos, que llega á causar perjuicio á su mismo centro, al corazon donde admirablemente reside.

Sí, mis amados hermanos; María nos amó, no sólo sin interés alguno particular, sino, permitidme la expresion, con sumo detrimento suyo. Escuchadla en su coloquio con el Angel. Al ser saludada cual Madre de su Dios, ella se somete obediente á la voluntad del Altísimo; y *fiat*, exclama, *fiat mihi secundum verbum tuum.* (LUC. I. 38.) Empero, no vayais á creer, amados cristianos, que María se someta solamente á la dignidad. ¡Oh! si tal creyerais, os engañaríais ciertamente; María se sometió entónces á los horribles tormentos y dolores, á los cuales Ella, que conocia á fondo las divinas Escrituras, sabía estaban sometidos su Hijo y Ella misma; sometióse al amargo desgarramiento de su corazon; y no por otro motivo que por el amor á sus semejantes. En cierto sentido, ella respondió al celestial mensajero: sí, soy la esclava de Dios; acepto el ser sometida al más doloroso de los sacrificios; acepto la dignidad que ha de costarme un mar de dolores; acepto el ser Madre de Aquél, á quien yo misma deberé un dia sacrificar al Eterno Padre, en expiacion de los pecados del mundo; acepto, para que se salve la prole de Adan; acepto, para que quede satisfecho mi amor; acepto las espadas, los dolores, los padecimientos, y aún la muerte misma: *fiat, fiat.* Y no se paga María con palabras, ciertamente; sino que la podeis contemplar á vuestra satisfaccion en la cumbre del Calvario, al pié de la Cruz, traduciendo en hechos todo lo que Ella había previsto y aceptado en su coloquio con el Angel. Ese, sí, ese es el amor verdadero, amados hermanos; eso se llama amar de veras á nuestro prójimo; esa es la sola regla que debemos seguir en el amar.

Pero, aún nos queda otra propiedad del amor, sin la cual nada de eso nos serviría, por más que fuera activo y desinteresado. No basta, amados hermanos míos, que la caridad obre; no es suficiente que ella preescinda absolutamente de su propio interés; es menester, finalmente, que á ninguno excluya de sus benéficos efectos; que derrame sobre todos, igualmente, sus dones; en una palabra, la caridad debe ser universal. No se necesitan grandes esfuerzos para así comprenderlo, mis amados hermanos. El ejemplo de Jesucristo, muriendo

clavado en un infame madero por la salvacion de todos los hombres, rogando por todos á su eterno Padre, teniéndolos á todos presentes, sin distincion alguna, sacrificando su sacrosanta vida por cada uno de ellos; ¡oh! ese ejemplo habla á nuestra razon con palabras las más elocuentes y las más sublimes. Y en verdad, si uno sólo de nuestros prójimos quedase excluido de nuestro amor, decidme, ¿por ventura, no fuera ya una prueba convincente, de que aquel amor es falso, mentiroso y falaz; que no procede de principio religioso alguno, sinó de principio mundano; que no debe considerarse como sobrenatural, sinó como terrenal? Y ¿cómo podría dejar de ser así? Si se amase en el prójimo la imágen de Dios, que se refleja, indistintamente, en todos los hombres; si la comun fraternidad, que nos une á Jesucristo, fuese el vínculo de nuestro amor, ¿pudiéramos, acaso, excluir un sólo hombre de ese mismo amor? ¿Acaso, en aquella criatura, que no se ama, deja de resplandecer la imágen de Dios? ¿No es él, por ventura, un hermano nuestro en Jesucristo? Y si lo es, en realidad, y si esa es la razon que nos obliga á amarle, ¿por qué, pues, no le amamos? ¿Podriais objetar, acaso, que á tal semejante no se le ama, porque se ha hecho indigno de vuestro amor? ¡Ah! con esa objecion, precisamente, deseo confundiros, mis amados cristianos. ¿Y quién de nosotros, pregunto yo ahora, no se ha hecho alguna vez indigno del amor de Jesucristo? ¿Quién de nosotros no era enemigo suyo cuando él nos eligió? Así, pues, si Jesús nos amó, siendo enemigos suyos, ingratos á su amor, indignos de su predileccion, ¿cómo pudiéramos nosotros excusarnos de amar al prójimo porque es enemigo nuestro, porque es ingrato, porque es indigno? ¿Es ese, acaso, el ejemplo que de ello nos ofrece nuestra Madre María?

Dirijid, mis amados hermanos, vuestra mirada al Calvario; allí están patentes los ejemplos de esa Madre Santísima, cual misterioso Clavel, fecundado por el calor de aquel Amor eterno clavado en la cruz, regado con aquel rocío precioso, que baña la cumbre del monte de las amarguras; María está inmóvil al pié de aquel árbol, del cual pende desangrado su querido Unigénito. En la plenitud de su dolor, que semejante á una espada tiene traspasada su alma, Ella abre con ternura sus lábios, para pronunciar algunas palabras entrecortadas por los sollozos y el pesar. ¿Oís, amados cristianos; oís aquellos acentos misteriosos? Son palabras de paz, de perdon, de amor. Sintiendo reavivarse de un modo admirable la llama de su corazon, por la súplica que ha oido pronunciar al Hijo: *Pater ignosce... nesciunt quid faciunt.* (Luc. xxiii. 34.) Padre, va repitiendo Élla tambien: ¡ah, Padre! esa sangre, que baña la tierra; esa vida, que pende

del árbol de la infamia; ese corazon mio, que traspasado de dolor, está sufriendo los más inhumanos martirios; ¡ah! esa sangre, ¡oh Señor! esa vida y ese corazon alcancen el perdon á los impíos, sin excluir á ninguno de ellos; sean la paz para el mundo, y una paz que reine en todas partes; sean el perdon que compensen el martirio de mi inflamado corazon. De ahí, las miradas de compasion que ella dirije á los desapiadados verdugos; de ahí, aquellas ojeadas amorosas dirijidas á los Escribas mofadores; de ahí, en una palabra, aquella llama misteriosa, que, para todos encendida, se esfuerza por iluminar, revestir, purificar y salvar á todos.

Mis amados hermanos; considerad las escenas del Calvario, y no amareis con ese amor que hoy reina sobre la tierra, con ese amor de palabras, que sólo atiende á su propio interés, y hace distinciones entre un hermano y otro hermano. ¡Oh! permitidme que os lo diga; eso es, en mi opinion, la más cruel de las barbaries, la más insensata de las impiedades. ¿Y de qué manera podía mostrarnos mejor su amor el Altísimo; de qué manera podía amarnos mejor la Virgen; de qué manera podían excitarnos mejor el uno y la otra á la caridad cristiana, al amor reciproco y al fraternal cariño? ¡Ah! no perdamos jamás de vista, hermanos míos, tan generosos ejemplos. No olvidemos, que el amor mútuo nos fué ordenado por Jesucristo como precepto suyo nuevo; como fundamento de nuestra santidad; como la señal de su religion y el distintivo de sus fieles imitadores.

No olvidemos, que el Señor declaró, que ante sus ojos estaban muertos todos aquellos que se hallasen privados de ese adorno, despojados de ese manto, faltos de esa preciosa corona. Recordemos, finalmente, que la final y tremenda sentencia que oiremos todos en el valle de Josafat, recaerá, precisamente, sobre las obras del amor. Y entónces ¡ay de aquellos, que hubieren amado sin las obras; que hubieren buscado con el amor el lucro; que hubieren excluido de su corazon á uno siquiera de sus hermanos! Ese hermano excluido, será el mismo Redentor; ese lucro, será la perdicion de un gozo eterno; esa falta de obrar y esa extinguida llama sobre la tierra, comunicará nueva actividad á aquella llama, que durará por los siglos de los siglos.

¡Oh Madre santísima! apiadaos de nuestras almas; compadeceos de nuestros miserables corazones! Arda hoy en nuestro pecho una llama, que nos proporcione otra llama más pura en el reino eterno de los cielos. ¡Ah! haced, que jamás busquemos sobre la tierra, como en premio de nuestro amor, el lucro y la ganancia; sinó que ese premio sea el que nos está reservado en la pátria de la bienaventuranza, en el Paraiso. Haced que todos nuestros prójimos participen

de la ternura de nuestro corazon, á fin de que, amando en todos ellos á la persona misma de Dios, sea Dios, igualmente, el objeto de nuestros amores eternos en los cielos. Nosotros todos hemos amado hasta el presente, es verdad; pero nuestro corazon vivía revestido de múltiples llamas; ¡ah! queden extinguidas, desde este momento mismo, toda vez que son indignas, no solamente de un cristiano, sinó hasta de un sér racional. ¡Oh! purifíquese nuestro corazon, por intercesion vuestra, ¡oh María! y si hasta ahora hemos amado la vana aparien-
cia de una gloria efímera, el caduco bien de un premio corruptible, y la indigna satisfaccion de una pasion brutal; principiemos, desde este instante mismo, á amar en nuestro semejante la imágen de Dios, y sea el vínculo de ese amor la fraternidad en Jesucristo.

DIA DUODÉCIMO.

LA CAMPANILLA,

Ó SEA:

LA GRATITUD.

In omnibus gratias agite.

Dad gracias por todo, al Señor.

(TESALON. V. 18).

La naturaleza será siempre el guía, la directora y la maestra del hombre, mis amados hermanos. Ella es la que le conduce á la contemplacion de las divinas grandezas; ella la que le mueve á cada instante á cantar las glorias del Altísimo; ella la que, en toda ocasion, le excita á elevar á su Padre celestial el himno del reconocimiento y del amor. Siendo la naturaleza inmensa por su mole, imponente por sus séres, y estable por sus leyes, manifiesta el poderosísimo brazo del divino Hacedor; siendo ella, además, admirable en su organizacion, inexcrutable en sus fenómenos y sorprendente en sus

encantos, prueba, con toda claridad, la infinita sabiduría del supremo Artífice; habiendo sido criada, enteramente, en provecho del hombre, y hallándose sometida á su imperio, siendo capaz, para satisfacer sus necesidades, conservar su vida, y confortarle durante los breves dias de su peregrinacion; ella le revela el amor infinito con el cual Dios le amó *ab aeterno*, haciendo de él el objeto de sus complacencias, el coronamiento de sus obras, y la señal de sus misericordias infinitas. Mas ¡ay! hermanos míos; el hombre se muestra obcecado sobre este hecho, y no reconoce en la naturaleza otra cosa que el acaso, y en las bellezas de la tierra y de los cielos más que la casualidad fortuita; y sin explicarse los esplendores maravillosos de los sobrenaturales beneficios, más que por la doctrina de la fatalidad, acaba por desconocer á su Padre celestial. Y en lugar de ofrecerle el tributo de un corazon tierno, agradecido, y amoroso, Dios no existe! va diciendo, Dios no existe! Y aún en el caso de que un destello de la luz, que refleja su razon, le diga con voz irresistible, que ese Sér Supremo existe, que es una infamia el negarlo, y que él mismo lo cree en realidad existente, niega, sin embargo, su providencia; admite sólo que en los cielos vive eterno y glorioso; mas desconoce, enteramente, que sea en la tierra tierno, amoroso, clemente y bienhechor; y no diciendo nada, por lo tanto, de su amor, le niega el homenaje más sagrado y solemne. ¡Oh, séres, doblemente infortunados! cuán dignos no son de lástima y de nuestras lágrimas, mis amados hermanos!

Empero ¿y vosotros? ¡Oh! vosotros, ciertamente, sois dichosos, porque siendo hijos, tiernos de María, os es dado seguir sus huellas, imitar sus ejemplos, reproducir en vosotros sus virtudes. Y ¿qué ejemplo os ofrece en esta noche vuestra Madre santísima? Contempladla en su siempre delicioso y floreciente jardin, contempladla bajo el siempre bello y simbólico velo de sus misteriosas flores. En la noche de ayer, vosotros la contemplasteis cual Clavel, que resplandece por su llama; Ella, anteriormente, se había ya ofrecido á vuestras miradas cual Verónica, que jamás falta á la fé; cual Violeta, que siempre se humilla; cual Viudita, que se oculta debajo de su manto; cual Azucena, que se reviste de candor; y cual Eliótopo, ó Girasol, que siempre mira al Altísimo; en una palabra, se os ofreció como verdadera flor de los campos, segun ella misma se gloria de llamarse: *Ego flos campi*. Y flor de los campos se presenta á vuestra contemplacion en esta noche, cual Campanilla misteriosa, que nos enseña el reconocimiento que debemos al Altísimo por las mercedes obtenidas. Dicha flor, parecida en su parte interior á una preciosa campanilla, brota